



Eva no quiere

Por Iramis Alonso Porro
Revista *Juventud Técnica*

(Especial para No a la Violencia)

Con apenas 30 años, un satisfactorio ejercicio profesional y una feliz relación de pareja, una hermosa e inteligente mujer que conozco se ha visto enfrentada con el paso de los años a la mirada torva y las preguntas compulsivas de varias personas que no entienden su decisión de postergar la llegada de los hijos. ¿A qué esperas?, le insisten. ¿Falla la puntería?, se aventuran, en el lamentable rol de fisgones de la intimidad ajena.

Y si por esos azares de un comentario al paso llegan a conocer que es ella la que aún no se atreve, quien aún duda si las condiciones o el momento son los adecuados, ponen grito en el cielo cual seguidores de aquel dramaturgo español, don Jacinto Benavente, quien proclamaba a cuatro vientos aquello de que "nunca, como al ser madre, es la mujer, mujer".

Una vez más --otra en la larga lista de discriminaciones y estigmas que han sufrido las mujeres a su paso por la historia de la humanidad--, ellas son juzgadas desde un postura injusta que ratifica ese rol femenino de la ternura por decreto divino.

Así, desprecian y subvaloran a la mujer quienes no ven en ella sino solo a la madre. Quedaron anclados en esa reductora idea que condena el placer por el placer en la pareja humana, que fustiga la unión de dos como fin en sí y en cambio la absuelve como medio para dejar descendencia. No se han enterado que, desde hace mucho, "Eva no quiere ser para Adán la paridora pagada con pan", al decir del trovador Silvio Rodríguez.

Y ese acto de rechazo, crítica o curiosidad malsana pudiera haber entre esos actos de violencia cotidiana, silenciosos pero crueles, que casi nunca se entienden como tal. Ni siquiera las propias víctimas.

Sumando definiciones aportadas por especialistas para la violencia psicológica, se puede concluir que esta es un proceso en donde la víctima no aprecia cómo el agresor vulnera sus derechos, cómo le falta al respeto, la humilla y la víctima va progresivamente perdiendo autoestima y seguridad en sí misma.

Entre las formas más comunes en que este tipo de violencia se manifiesta, los expertos incluyen la moralización como una variante sutil de control; la interpretación, donde los agresores hacen una lectura a su conveniencia del pensamiento de la víctima; y la interrogación, cuando la persona agresiva se dedica a preguntar en plan policiaco. Tampoco faltan en esa lista la crítica destructiva y la ridiculización del otro o la otra; el desprecio; y el silencio condenatorio.

¿Acaso no pueden considerarse, entonces, manifestaciones de esa violencia sutil frases como "una mujer sin hijos está frustrada"; "seguro ella no tiene hijos porque no puede y entonces dice que no quiere"; "pobrecita, al final se va a quedar sola"?

No vale más la que se pone la maternidad como meta obligatoria porque "no queda más remedio" que cumplir con natura y darle al útero "la función que le toca en este mundo"; que aquella que en justa valoración de sus condiciones materiales, físicas, sentimentales o psicológicas decide no parir.

Quizás la edad se le fue sin encontrar al compañero adecuado y no quiso usar a nadie para parir sola. O acaso no pudo superar más abortos espontáneos o no se atrevió a someterse a dolorosos tratamientos contra la infertilidad, sus esperas y fracasos.

Conozco no pocas mujeres que traen sus criaturas al mundo y las entregan a diario, sin atender horarios, a abuelos, tíos y hasta amigos para seguir a tope con sus cargadas agendas profesionales. Muchas veces el tiempo de los hijos se diluye en los apremios del trabajo y no hay cantos ni cuentos. ¿Merece menos respeto entonces quien honestamente decide "vivir su vida" y con ello no daña a nadie? No lo creo.

Resolver no tener hijos pudiera considerarse como un acto de egoísmo, pero también de responsabilidad. Tenerlos a todo costo puede ocultar también no poco egoísmo y mucha inmadurez.

No todas las mujeres son iguales, ni similar su entorno. No aspiran a lo mismo en la vida y, por tanto, nadie tiene derecho a compulsarlas a actuar de una forma u otra, ni de estigmatizarlas por asumir una postura que entraña profundos cambios en la mecánica cotidiana e implica la formación de otro ser humano. Aunque pudiera ser socialmente incomprendida o inaceptada, la apuesta que se haga resulta esencialmente individual.



Es cierto que la nulípara no llegará a saber lo que es el amor maternal y se perderá no pocos edificantes placeres y satisfacciones. Mas no por ello será menos inteligente, capaz o bondadosa. Y seguro no se privará de ser excelente tía, hermana o amiga. Hay mucha gente a nuestro alrededor que es terreno fértil para sembrar semilla.

Si miramos con detenimiento y honestidad por las hendiduras de las conductas humanas, veremos que la maternidad en sí misma no nos hace mejores personas. No borra nuestros defectos ni nuestros errores, aunque quienes nos rodean tiendan a ser más tolerantes con ellos en los momentos que siguen al alumbramiento.

Una condición biológica no forja una sensibilidad. Se puede ser madre y no ser cabal. Se puede besar al hijo que creamos y ser tiranos con el prójimo. La maternidad, como tantas cosas, necesita ser un poco desmitificada para justipreciarla en su real grandeza.

La completa liberación de la mujer pasa por darse su soberano derecho a escoger, con conocimiento de sí misma, sin imposiciones, qué quiere hacer con su vida. No es ocioso recordar, llegado el caso, que "los que niegan la libertad a los demás no la merecen para sí".